



## Capítulo 314 - Diosa del Amor

"No quiero que me asesine el... Demonio Celestial solo por ser, ya sabes... una idiota." Rió nerviosa, con los ojos abiertos como un ciervo ante los faros de un carro infernal. "Así que, por favor. Hagamos como si no hubiera pasado nada. Puedes salir por esa hermosa puerta, sin ninguna explosión, sin ninguna maldición, y yo me quedaré aquí... con vida. ¿De acuerdo? De acuerdo."

Retrocedió lentamente hacia el mostrador, tropezando con un jarrón roto, manteniendo su sonrisa estirada como una máscara. "Si quieres, incluso te regalo un ramo. De disculpas. Con espinas. Las más incluidas."

Vergil miró a la mujer, que comenzó a encogerse hasta su forma más dulce de 1,57 metros. Con una sonrisa evidente, ansiaba deshacerse de él. Aunque le interesaba enormemente saber quién era y cómo había soportado la Divina Tentación de la Diosa del Amor con tanta ligereza.



"P-por favor, vete..." Pidió educadamente, casi expresándolo.

—Lamento informarle que esto no va a funcionar, Señorita Diosa de la Belleza —dijo Vergil con calma—. En serio, casi provocho un apocalipsis solo por venir, así que tendrá que ayudarme, ¿sabe? Zafiro podría ponerse nervioso. —Sonrió.

"N-no bromeas con eso..." tartamudeó.

Luego la analizó... a pesar de ser una diosa, era bastante... temerosa, ¿verdad?... "Pensé que pasaría algo como 'No puedes encontrarla hermosa, no puedes desearla, y eso es imposible. Después de todo, ella es la diosa de la belleza. En otras palabras, es la belleza ideal para todos...' pero eres bastante anticlimático, ¿verdad?"

De nuevo, se burló de su belleza... Claro, estaba nerviosa. Muy nerviosa. No solo porque su encanto no funcionara, sino porque este chico había logrado llegar a la cima del mundo. Es decir, Zafiro.

"¿Eres eunuco?" preguntó Afrodita.

Un silencio absoluto cayó sobre el lugar, mientras Vergil simplemente se congeló sin decir una palabra... De hecho, no pudo, estaba demasiado sorprendido por la declaración.

"¿É...?" Vergil nunca había tenido tanto miedo de una palabra como ahora.

Creendo que no la había oído bien, Afrodita lo repitió de nuevo, esta vez un poco más alto... "Sí... quiero decir, para soportar mi presencia deberías cortarte la polla, cortarte los huevos y convertirte en eunuco". Dijo.

"Solo así podrás escapar del encanto de la diosa de la belleza." Añadió con una sonrisa torcida... "De hecho... me muero por saber qué hiciste para no caer en mis encantos." Dijo ella, volviendo la cara.

La pregunta la hizo sonrojar... sí, se sonrojó solo por preguntar algo... ¿Por qué es ella... tan inocente?...

Un ser que no tenía deseos lujuriosos, o seres que no tenían necesidad de reproducirse, un ser que pensaba que la diosa de la belleza era fea, solo seres extraños como ese pueden anular el efecto del Hechizo de Afrodita.

"....." El silencio se apoderó del lugar una vez más.





Un largo suspiro salió de la boca de Vergil, liberando vapor caliente... ¿Será su ira materializada en forma gaseosa? Bueno, supongo que podría llamarlo así.

Él realmente estaba nervioso.

Muy nervioso.

Tomó aire, contó hasta tres... y habló.

«Diosa Afrodita, me llamo Vergil Lucifer. He venido a cumplir una petición de Paimon». Lo hizo con respeto para evitar que la conversación se tornara más tensa.

"¿Ah? Claro, ¿qué quieres?" Respondió con mucha seguridad, lo que sorprendió un poco a Vergil.

"¿...?" No entendía el cambio, ¿no era muy fácil? Después de todo... hace apenas unos segundos... ella...

Por supuesto, ella comprendía su incomodidad. "Habla, no puedo negar algo dada tu postura al respecto... No importa. Simplemente no quiero ser su objetivo."

—Diosa Afrodita... ¿sabes cómo puedo encontrar a Perséfone? —preguntó Virgilio sin rodeos, con voz firme como una espada.

Afrodita parpadeó lentamente. Por un instante, pareció como si hubiera pedido algo tan absurdo como la contraseña del Olimpo.





"¿Eh?", hizo una mueca casi cómica. "¿Quieres conocer a Perséfone? ¿La Reina del Inframundo, la pequeña flor gótica de Hades?", resopló con incredulidad. "Vale, dame un segundo...", pero dijo en voz baja: "No podrías haberme amenazado con el maldito demonio celestial".

Con una calma que contrastaba por completo con el peso del nombre que había mencionado, Afrodita deslizó la mano entre sus pechos, sin ningún pudor, y sacó un celular dorado, con rubíes en forma de rosa engastados. Sí, tenía un celular en su escote.

Con dedos delicados, marcó un número como si pidiera una pizza. "¿Hola?", respondió con impaciencia una voz ronca y envejecida.

—¡Hola, hola, Caronte, mi pequeño barquero favorito! ¿Cómo estás, mi ángel del estanque? —dijo con un tono agudo y emocionado, moviendo el pie como un adolescente aburrido en el recreo.

Hubo una pausa al otro lado de la línea antes de que resonara un gruñido cansado: "¿Qué quieres, desgraciada virgen?"

Los ojos de Vergil se abrieron de par en par. Su oído sobrenatural no se había perdido ni una sola sílaba. "¿Virgen?", pensó con incredulidad. "¿La Diosa del Amor y el Sexo... virgen?"

Afrodita fingió que no le importaba. O quizá era el tipo de comentario que había oído tantas veces que le había pasado desapercibido.

—Nada del otro mundo, cariño. Solo me preguntaba si podrías comprobar si la señorita Perséfone está en el inframundo griego. Una pregunta rápida.





Al otro lado de la línea se escuchó el sonido del agua y un suspiro que parecía decir "¿por qué sigo contestando ese número?".

—Afrodita... —comenzó Caronte, exhausto—. Tánatos se reunirá con Hades y Perséfone. Todas las puertas están cerradas. Nadie entra, nadie sale. Pero sí, Perséfone está allí... un poco molesta, para variar.

Afrodita arqueó una ceja y lanzó una mirada sugerente a Virgilio.

"¿Molesta por qué?" preguntó, limpiándose distraídamente las uñas perfectas con la punta de su dedo meñique.

"Ah, lo de siempre... caos interdimensional, travesuras del inframundo, el renacimiento de entidades que deberían permanecer muertas..." dijo Caronte con desdén. "Recientemente, una mujer llamada Sephirothy reapareció — parece que ni siquiera el abismo la engulle— y Amón acaba de proclamar un quinto Rey Demonio. Parece que fue hace unos meses, pero la información acaba de filtrarse."



Afrodita dejó de limpiarse las uñas y miró a Virgilio. "Ahora entiendo por qué no lo sabía".

—Bueno, la noticia se filtró hace unas horas —respondió Caronte mientras el sonido del agua se hacía más rítmico, como si acelerara la travesía.

El nuevo rey se acuesta con Sapphire Agares, Stella Sitri y Raphaeline Baal, y para colmo, dicen que está involucrado en el colapso de los vampiros de Alucard. El infierno está... ¿cómo dicen que está ahí arriba? Ardiendo. Respondió.



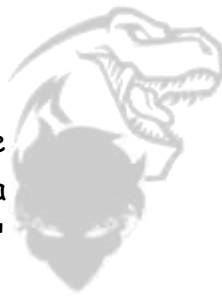
Afrodita tragó saliva; su rostro pálido contrastaba con la calidez natural de su piel bronceada. Sus ojos se clavaron en Virgilio como si fuera un artefacto prohibido, algo que jamás debió haber sido desenterrado. El peso del nombre Zafiro Ágares aún vibraba en el aire como un trueno sordo.

—Ah, claro... claro —respondió al teléfono, con la voz temblorosa por primera vez—. ¡Menudo caos, mi pequeño tesoro del río Estigia! Y lo estás haciendo de maravilla ahí abajo, de verdad. ¡Un lugar de honor!

Caronte dejó escapar un gruñido cansado.

—Afrodita, ¿me llamaste para cotillear o vas a hacer algo útil con esta información? —espetó, y el sonido del remo golpeando la madera aumentó su irritación.

Afrodita entrecerró los ojos ante el vacío. "Ay, ay, ay, Caronte... sabes que me encantaría seguir hablando, pero... ¡la tienda está en llamas! ¡Sí, fuego! Una de mis flores místicas se incendió y ¡zas!, mira eso, todo arde, ¡es una locura!"



Ella soltó una risita nerviosa que parecía más bien el maullido ahogado de un gato con asma.

Mentira descarada. Haría caso a cualquier fuego, Afrodita. Olvidas con quién hablas, puta de bronce —respondió Caronte secamente.

Hizo un gesto con la mano, como si estuviera ahuyentando una mosca invisible.

—¡Ahhh, Caronte, qué lengua tan afilada! Mira, te llamo luego, ¿vale? ¿Mi musa de las orillas de la muerte? ¡Con amor! —Y dicho esto, le colgó.



Literalmente. Tocó la pantalla con el dedo índice y arrojó el celular de vuelta a su escote como quien guarda un secreto nuclear en el bolsillo.

Se volvió hacia Vergil con la expresión más inocente que pudo conseguir en medio de su evidente nerviosismo.

"Últimamente está de muy mal humor, ¿no crees?", dijo, intentando sonar despreocupado mientras recogía un pétalo caído con toda la solemnidad del mundo. "En fin, como decía... Perséfone. Sí, la florecita del abismo. Ah... buena suerte con eso, ¿entiendes?"

"¿Eso es todo?" Vergil arqueó una ceja y se cruzó de brazos. "¿Buena suerte? ¿Sin portal, sin guía, sin moneda encantada que me ayude a atravesar el maldito inframundo griego? Necesito ver a la maldita Perséfone."

¡Cálmate! No tienes que ponerte... apocalíptica conmigo, ¿vale? —alzó las manos como si se rindiera—. ¡Puedo ayudar, claro que sí! Pero necesito un poco de tiempo... solo un poco... para que, no sé, ino me convierta en el próximo objetivo del demonio con tacones que te has estado comiendo!



—No me como a nadie —respondió Vergil sin cambiar de expresión.

Ella lo miró fijamente durante dos segundos y luego murmuró: "Y todavía quieres convencerme de que no eres un eunuco..."

"¿Qué?"

"¡Nada!"